

COINCIDENCIAS

Se despertó sudando. Miró el despertador digital de su mesilla de noche, las dos y media de la madrugada. Eduardo se levantó y se asomó a la terraza de su apartamento iluminada por la blanquecina luz de la luna llena. La noche estaba fresquita, así que se sentó en un sillón dejándose acariciar la piel por una brisa agradable. Algo que agradecía después de haber soportado un verano excesivamente caluroso. Un verano especialmente dramático para él. Cerró los ojos y volvió a recordar lo sucedido aquel 29 de julio.

Ese se día levantó muy alegre. Comenzaban sus deseadas vacaciones. Se dirigió al baño y mientras se duchaba cantando a todo pulmón reparó en lo afortunado que era. Tenía 42 años, un trabajo estable, en buena forma física, soltero y viviendo en un pequeño apartamento muy céntrico. Su hermana siempre le decía que debería formar una familia a lo que siempre él respondía que por supuesto, algún día la formaría.

Se fue a desayunar al Nilo, su cafetería habitual, y se sentó en un taburete junto a la barra. Pidió a Agustín un café con leche y media tostada de tomate y jamón. Mientras se lo preparaban echó una ojeada al periódico.

A esa misma hora Elena caminaba nerviosa por la calle Camino de Ronda en dirección a la Plaza de Gracia donde a las 10,30h debía entregar un paquete. Miró su reloj de pulsera justo en la puerta de la cafetería el Nilo, observando que sólo eran las 10,00h por lo que decidió entrar en la cafetería para tomarse un café mientras hacía

tiempo para llegar puntual a su cita.

Las cuatro o cinco mesas del bar estaban ocupadas, de manera que se sentó en un taburete pegado a la barra. Soltó la bolsa con el paquete que tenía que entregar sobre un taburete vacío que había junto a ella. Al lado de este, sentado en otro taburete, un joven leía el periódico.

Agustín le dio los buenos días y le preguntó que deseaba tomar. Luego disimuladamente instó a Eduardo, que era el joven que leía el periódico sentado a su lado, que observara la belleza que tenía junto a él. Elena era una morena guapa que vestía un corto vestido, azul cielo, dejando a la vista unas piernas preciosas.

En ese momento una pareja de la policía entró también a desayunar en el Nilo. Se sentaron en una mesa, que acababa de quedarse libre, al fondo de la cafetería.

Elena los miró de reojo sintiendo que las piernas le temblaban. Pensó en salir corriendo pero todavía no le habían servido el café. Sin saber que hacer sacó el móvil de su bolso y lo puso en modo selfie para poder observarlos sin que ellos se dieran cuenta.

Ambos charlaban animadamente mirando a su alrededor, pero de pronto, el más joven, le hizo un gesto con los ojos a su compañero para que se fijara en la morena del vestido corto que estaba sentada en un taburete. Le comentó que creía que era una antigua compañera del instituto, que a él le gustaba y a la que no veía desde entonces.

Elena, mirando su pantalla del móvil, se dio cuenta claramente de que hablaban de ella. Por eso cuando vio al policía joven levantarse para ir en su busca, se tomó el

café de un trago y puso unas monedas en la barra saliendo apresuradamente.

Ya en la calle se quedó helada cuando notó la mano del agente sujetándola del brazo mientras le decía: - Un momento señorita -. Ella se volvió sin poder hablar. Notó como la escrutaba y luego soltándole el brazo dijo: – perdone, la había confundido con una amiga a la que hace mucho tiempo que no veo. - Elena sintió que se le aflojaban las piernas y se le escapó un suspiro de alivio cuando el policía se dio la vuelta para volver a entrar en el bar.

Eduardo, que estaba pensando como entrarle a la vecina de taburete con las piernas bonitas mientras hacía como que leía el periódico, lanzó una maldición por lo bajo cuando ella salió tan apresuradamente. Por lento se le ha escapado la oportunidad de entablar conversación con ella, pensó. Fue entonces cuando se percató que la joven se había dejado olvidada la bolsa encima del asiento. La cogió rápido y mientras se volvía para decirle a Agustín – ahora vuelvo – se dio de bruces con el policía que entraba a la cafetería mirando todavía a la chica que ya se alejaba.

Como consecuencia del choque entre ambos la bolsa se rompió al quedar enganchada en el tirador de la puerta y su contenido quedó desparramado por el suelo.

Un paquete de harina, pensó Eduardo. Cocaína, pensó el policía. Para cuando Eduardo quiso reaccionar y decir – esto no es mío, se lo iba a llevar a la señorita que acaba de salir. Se lo ha dejado olvidado – ya tenía las esposas puestas.

Sintió un escalofrío, la temperatura había bajado bastante. Afuera el aire otoñal barría las calles. Salió de la terraza y volvió a acostarse. Sabía que no iba a dormir

acordándose de la morena de las piernas bonitas.

F I N

